

La instrucción de la mujer¹

Gabriela Mistral

Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la tierra. La encontraremos más humillada y más envilecida, mientras más nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; mientras la luz del progreso irradia más poderosa sobre nuestro globo, ella, la agobiada, va irguiéndose más y más.

Y, es que a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión y su valor y hoy ya no es la esclava de ayer sino la compañera, la igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aún le queda mucho que explorar para entonar un canto de victoria.

Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual, aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida.

Se ha dicho que la mujer no necesita sino de una mediana instrucción; y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz sólo de gobernar el hogar.

La instrucción suya es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino a la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física y acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplación acaba. Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la Miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir, es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas.

Es preciso que la mujer deje de ser la mendiga de protección y pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos; o su virtud con la venta indigna de su honra.

Porque casi siempre la degradación de la mujer se debe a su desvalimiento.

¿Por qué esa idea torpe de ciertos padres de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón?

¿Qué religión más digna que la que tiene el sabio?

¿Qué Dios más inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo después de haber escudriñado los abismos de la altura?

¹ Publicado en *La Voz del Elqui* (Vicuña), el 8 de marzo de 1906.

Yo pondría al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de esa Naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haría conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centellos; le mostraría todos los secretos de esas alturas. Y, después que hubiera conocido todas las obras; y, después que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su religión de lo que le dictara su inteligencia, su razón y su alma. ¿Por qué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?

En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros y la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo!, ¡cuántos genios no habrán vivido en la esclavitud vil, inexplorados, ignorados!

Instrúyase a la mujer; no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre.

Que lleve una dignidad más al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración.

Que algo más que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración y al amor.

Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas.

Que, con todo su poder, la ciencia que es Sol, irradie en su cerebro.

Que la ilustración le haga conocer la vileza de la mujer vendida, la mujer depravada. Y le fortalezca para las luchas de la vida.

Que pueda llegar a valerse por sí sola y deje de ser aquella creatura que agoniza y miseria si el padre, el esposo o el hijo no le amparan.

¡Más porvenir para la mujer, más ayuda!

Búsquesele todos los medios para que pueda vivir sin mendigar la protección.

Y habrán así menos degradadas. Y habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. Y más dignidad en el hogar. La instrucción hace noble los espíritus bajos y les inculca sentimientos grandes.

Hágasele amar la ciencia más que las joyas y las sedas.

Que consagre a ella los mejores años de su vida. Que los libros científicos se coloquen en sus manos como se coloca el Manual de Piedad.

Y se alzarán con toda su altivez y su majestad, ella que se ha arrastrado desvalida y humillada.

Que la gloria resplandezca en su frente y vibre su nombre en el mundo intelectual.

Y no sea al lado del hombre ilustrado ese ser ignorante a quien fastidian las crónicas científicas y no comprende el encanto y la alteza que tiene esa diosa para las almas grandes.

Que sea la Estela que sueña en su obra Flammarion; compartiendo con el astrónomo la soledad excelsa de su vida; la Estela que no llora la pérdida de sus diamantes ni vive infeliz lejos de la adulación que forma el vicio deplorable de la mujer elegante.

Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, ¡éxito y victoria!

Feminismo: una nueva organización del trabajo¹

Gabriela Mistral

La entrada de la mujer en el trabajo, este suceso contemporáneo tan grave, debió traer una nueva organización del trabajo. Esto no ocurrió, y se creó con ello un estado de verdadera barbarie sobre el que yo quiero decir algo, con lo cual empezaré a entregar mi punto de vista sobre el feminismo, para aliviarme de un peso.

La llamada civilización contemporánea que pretende ser un trabajo de ordenación material e intelectual, una disciplina del mundo, hasta esta hora no ha parado mientes en la cosa elemental, absolutamente primaria, que es organizar el trabajo según los sexos.

La mujer ha hecho su entrada en cada una de las faenas humanas. Según las feministas, se trata de un momento triunfal, de un desagravio, tardío, pero notable. No hay para mí tal entrada de vencedor romano.

La brutalidad de la fábrica se ha abierto para la mujer, la fealdad de algunos oficios, sencillamente viles, ha incorporado a sus sindicatos a la mujer; profesiones sin entraña espiritual, de puro agio feo, han cogido en su viscosa tembladera a la mujer. Antes de celebrar la apertura de las puertas era preciso haber examinado qué puertas se abrían, y antes de poner el pie en el universo nuevo de las actividades mujeriles había que haber mirado hacia el que se abandonaba.

La mujer es la primera culpable: ella ha querido ser incorporada, no importa a qué, ser tomada en cuenta en toda oficina de trabajo donde el dueño era el hombre y que, por ser dominio inédito para ella, le parecía un palacio de cuento. No puede negarse que su inclusión en cada uno de los oficios masculinos ha sido rápida. Es el vértigo con que se rueda por un despeñadero. Ya tenemos a la mujer médico (¡alabado sea este ingreso!), pero frente a esto tenemos a la mujer chofer; frente a la abogada de niños, está la carrilana (obrero para limpiar las vías); frente a la profesora de la universidad, la obrera de explosivos y la infeliz vendedora ambulante de periódicos o la conductora de tranvía. Es decir, hemos entrado a la vez a las profesiones ilustres y a los oficios más infames o desventurados.

Es todo un síntoma de estos tiempos el que en el último congreso internacional feminista efectuado en París haya salido de boca de mujer (y de una ilustre mujer representativa norteamericana) la proposición que dio la prensa francesa de que «debían abolirse una a una las leyes que, concediendo a la mujer ciertas ventajas en el trabajo, le crean una situación de diferencia respecto del hombre». Esta proposición de un absurdo que supera

¹ Publicado en *El Mercurio*, Santiago, 12 de junio de 1927.

a todo adjetivo, comprende la supresión de la llamada ley de la silla, la supresión de la licencia concedida a la obrera un mes antes y otro después del alumbramiento, etc. La proponente estimaba que si la mujer esquivaba cualquier carga masculina, disminuye a la vez su derecho al voto y a otras preeminencias legales del hombre. Sus partidarias hablaron de «justicia matemática», de «lógica pura» y de otras zarandajas.

Debates como éste sirven, dentro de su «grotesco», para deslindar campos, para perfilar ideologías vagas y trazar netamente la doble teoría de las vírgenes locas y las vírgenes prudentes de estas asombrosas asambleas. Hay un lote de ultra amazonas y de walkirias, elevadas al cubo, que piden con un arrojo que a mí me da más piedad que irritación, servicio militar obligatorio, supresión de vestido femenino y hasta supresión de género en el lenguaje. Y hay unas derechas femeninas, que siguen creyendo que la nueva legislación debe estar presidida por el imperativo que da la fisiología y que pueden traducirse más o menos así: la mujer será igual al hombre cuando no tenga seno para amamantar y no se haga en su cuerpo la captación de la vida, es decir, algún día, en otro planeta, de esos que exploran los teósofos en su astral.

Yo no creo hasta hoy en la igualdad mental de los sexos; suelo sentirme por debajo aún de estas «derechas» feministas, por lo cual vacilo mucho en contestar con un afirmativo cuando se me hace por la milésima vez la pregunta de orden: «¿Es usted feminista?» Me parece más honrado contestar un no escueto: me falta tiempo para entregar una larga declaración de principios.

Con todo, es conveniente ir haciendo una especie de programa derechista para el feminismo. Yo pondría como centro de este programa el artículo: Pedimos una organización del trabajo humano que divida el trabajo humano en tres grupos.

Grupo A: profesiones u oficios reservados absolutamente para hombres, por la mayor fuerza material que exigen o por la creación superior que piden y que la mujer no alcanza.

Grupo B: profesiones u oficios enteramente reservados a la mujer por su facilidad física o por su relación directa con el niño.

Grupo C: profesiones u oficios que puedan ser servidos indiferentemente por hombres o mujeres.

La primera rama sostiene frutos de contraste: el oficio brutal, a la vez que una especie de faena que podría llamarse de dirección del mundo. Aquí quedarían desde el obrero del carbón hasta el Aristóteles, consejero filosófico y político de los pueblos.

La segunda estaría encaminada a barrer al hombre de las actividades fáciles en las cuales se afemina, pierde su dignidad de varón y aparece como un verdadero intruso.

La última rama englobaría varias actividades que es imposible definir como masculinas o femeninas, porque demandan una energía mediana; éstas no entrañan para la mujer el peligro de agotarse ni para el hombre el de vivir de un oficio grotesco.

Yo no deseo a la mujer como presidenta de la Corte de Justicia, aunque me parece que está muy bien en un tribunal de niños. El problema de la justicia superior es el más complejo de aquí abajo: pide una madurez absoluta de la conciencia, visión panorámica de la pasión humana, que la mujer casi nunca tiene (yo diría que jamás tiene). Tampoco la deseo reina, a pesar de las Isabeles, porque casi siempre el gobierno de la reina es el de los ministros geniales. Y siento una verdadera náusea por esos ensayos monstruosos de servicio militar que se hacen en Rusia y que no sé quién busca llevar a la Italia fascista.

Esto último, a pesar de Juana de Arco: la pobrecita payesa de Francia, marca con su acción una hora en que el hombre ha debido estar envilecido no sé hasta qué límite. La peor cosa que puede ocurrirle a una mujer de este mundo es representar con su maravilla la corrupción del hombre, su guía natural, su natural defensor, su natural héroe.

Es apelar a alegatos desesperados o fraudulentos dar el nombre de madame Curie para pedir enseguida una presidencia de Estado. También es ingenuidad pedir papisas porque existió Santa Teresa, que hubiera contestado con una broma llena de donaire si le hubieran señalado siquiera un cardenalato.

II

La nueva organización del trabajo de que he hablado en el artículo anterior, tendría por base el concepto de que la mujer debe buscar oficio dentro del encargo que trajo al mundo. Ahora diré qué cosa es para mí este encargo que está escrito en todo su cuerpo.

La mujer no tiene colocación natural y cuando digo natural, digo estética, sino cerca del niño o la criatura sufriente, que también es infancia, por desvalimiento. Sus profesiones naturales son las de maestra, médico o enfermera, directora de beneficencia, defensora de menores, creadora en la literatura de la fábula infantil, artesana de juguetes, etcétera.

El mundo rico que forman la medicina, las artes y las artesanías que sirven al niño, basta, es perfectamente extenso para que hallen en él plaza todas las mujeres, sólo que de este reino suyo no debe ser desterrada por el hombre, ni sufrir dentro de él competencia suya.

No necesita, pues, dar el salto hacia los oficios masculinos por la pura bizarría del salto, ni por el gusto insensato de la justa con el hombre.

Cuando se señaló a la mujer como única sede del hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio, como la ardilla del parque zoológico a que se echase por sobre la

valla. Nuestro tiempo puede ofrecerle, en torno de la exigua cámara primera, diez o doce o quince, levantadas en torno de aquélla. Convidarla a caer sobre las tiendas del trabajo masculino, es una necesidad o una malicia.

Una necesidad: ella rara vez cumplirá en ese terreno extraño trabajo equivalente al del dueño natural. Malicia: en la generosidad súbita con que el hombre ha aceptado la colaboración de la mujer, tal vez haya una parte de cálculo: la antigua compañera, cuya mesa él costeaba, se le ha convertido voluntariamente en un jornalero que aporta la mitad del presupuesto doméstico.

Mientras el oficio femenino está regido como por una columna tutelar por el niño, mientras se mantiene vuelta hacia él, mientras se desarrolla a su sombra sana, ese oficio aparece con la dignidad que tiene cada cosa desarrollada en su zona. Mirarlo cumplirse no inquieta, ni repugna, ni irrita.

Se vería con una complacencia profunda un consejo vigilador de la primera enseñanza, compuesto totalmente de mujeres y otro igual vigilador de las fábricas femeninas. Pero sube una ola de sangre cuando se ve a la chofer que yo conocí en país que no quiero nombrar, hacer la espera de su cliente hasta la madrugada, con una temperatura bajo cero repugna la Brunilda con uniforme de altas botas y pantalones sudosos, después de una marcha forzada, que están ensayando en la nueva Rusia; e irrita como una barbarie tártara ese grupo de limpiadoras de vía férrea de que da cuenta un periódico de mi provincia, dobladas como animales en el sol de castigo de la serranía de Illapel.

El ministro socialista belga Anseele denunció con palabra sacudida de cólera la forma salvaje en que trabajaban algunas mujeres en la industria de tintorería. Desnudas, porque la temperatura del taller así lo exigía, y mezcladas con los compañeros se movían dentro de la espesura del vapor, encanallándose por aquello que ha sido llamado tantas veces «el trabajo santo, voluntad de Dios». Todas estas monstruosidades vienen de que no se ha organizado la faena humana bajo el concepto de diferencia de los sexos.

Una ingeniosa señora española me decía una vez hablando sobre feminismo: «Este abandono parcial o absoluto de los hijos y los enfermos, al hacer el trueque grotesco de la faena femenina pediría la creación de un tercer sexo, que recogiese lo que el segundo empieza a rechazar». Faltaría el ángel, añadí yo, que recibiera el despojo precioso de los niños. Como el ángel sigue arriba, no queda sino hacer un pacto con los rebeldes, creándoles un lucro dentro de su reinado legítimo y dándoles, a la vez que salario, ocasión de piedad.

Ya sé que no todas las emancipadas son rebeldes y que un tercio de ellas, está formado por verdaderas esforzadas del trabajo. Hay la viuda, y hay, especialmente, la esposa del truhan, que abandonó a los hijos, viuda artificial más dolorosa que la otra.

Yo hablo principalmente por éstas, a las cuales he escuchado muchas veces un ruego que punza el corazón: «Querriamos trabajar dentro de la casa o con materiales que no choquen a nuestra costumbre doméstica».

Existe alguna cosa sobrenatural en la faena que se hace por nosotras dentro del círculo blanco del niño. Lo digo yo con la experiencia viva en mis sesos y en mis manos. Cuando he escrito una ronda infantil, mi día ha sido verdaderamente bañado de gracia, mi respiración como más rítmica y mi cara ha recuperado la risa perdida en trabajos desgraciados. Tal vez el esfuerzo fuese el mismo que se puso en escribir una composición de otro tema, pero algo que insisto en llamar sobrenatural, lavaba mis sentidos y refrescaba mi carne vieja.

Copiando un cuento mío para niños, una mecanógrafa me decía cosa parecida:

«Usted no sabe con qué pulso tan distinto se escribe esto, después de haber copiado treinta planillas comerciales, cuyas columnas de cifras me echaban encima como un peso muerto de arena. El sitio suyo, el usurpado por el intruso, estaba en la editorial de obras infantiles, en las copias de las fábulas».

No se verifica en vano el delito de llevar un cuerpo tejido estría a estría para la misericordia o la maternidad hasta las hediondas usinas o hasta el puesto de vigilancia del gendarme. El ordenador invisible existe, el legislador de la economía humana que se quedó escondido, pero que grabó su ley en la línea del pecho de la mujer, en su ojo húmedo, en su mano delgada.

Hay que volver. Es urgente el regreso a lo nuestro, la segunda entrada de la mujer en el pabellón del niño, ya sea esto el retorno de la arrepentida (desde Hellen Key las que se rectifican son muchas) o la vuelta de la que fue arrancada a su pesar y tuvo siempre la nostalgia de lo suyo.

Que nos entreguen lo nuestro; en la industria del calzado, haremos el zapato del niño; en la carpintería, el juguete del niño; en el periódico escribiremos su fábula y en los años de práctica de la escuela de medicina, iremos a la Gota de Leche, en vez de enderezarnos hacia la sala de sifilíticos de cierto hospital que tampoco quiero nombrar, adonde por alarde del cinismo se conducía a un grupo de alumnas para el lavado de los enfermos.

Y este regreso empieza a ser urgente.